

¿ENCANTA LA MUSICA A LAS SERPIENTES?

Por: JEAN GUIBÉ,
Subdirector del Museo Nacional
de Historia Natural de Francia.

(Traducido de la revista "Música", N° 4, julio de 1954, por Teresa Forero Tovar).

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Números 71-72, Volumen XIX
Segundo semestres de 1961*

En el aire, en donde se levanta el polvo dorado del bazar oriental, se elevan de repente los penetrantes sonidos de una flauta. En el centro de un gran círculo de miran es de abigarrados vestidos, atraídos por la curiosidad, pero alejados por el temor, el músico -un indígena de cara enjuta, acurrucado sobre los talones- modula con sus ágiles dedos en su rústico instrumento una melodía aguda y monótona. Ante él, la Hamadryada o Cobra real de la India, gigante de las serpientes venenosas, animal diabólico de escamas lisas y brillantes, recto el cuerpo, la cabeza dirigida hacia adelante ostentando la longitud del cuello, sigue con su mirada de cruel fijeza, los gestos del hombre. Un cara a cara trágico, a veces fatal. Encantar las serpientes es un arte que no puede ser practicado por un hombre tímido o indolente, puesto que ello implica destreza, prontitud, vivacidad extrema, si el encantador tiene intención de vivir largo tiempo; son numerosos los que han pagado con su vida la distracción de un segundo.

La música representa una parte importante en el trabajo del verdadero encantador, es decir, de aquel que ejerce su arte con especies venenosas: Cobras, Víboras o Corales; el instrumento utilizado es, generalmente, una flauta más o menos rústica, a veces un tamboril, como en el África. ¿Fiándose en el antiguo adagio según el cual la música suaviza las costumbres, busca el encantador de este modo amansar animales, de carácter a menudo irritable y agresivo? Las opiniones están divididas. Mientras que para unos, la música no solamente anularía la disposición agresiva de las serpientes, sino que al contrario ejercería sobre ellas un poder de atracción -para otros, no tendría influencia, y

correspondería únicamente a una representación con objeto de atraer a los curiosos. ¿Las serpientes son encantadas por la música? Encantar un ser es, en su sentido propio, utilizar un medio mágico para producir una inversión del orden natural-, es decir, modificar su actitud habitual y normal; de allí procede el sentido figurado de ser agradable, de producir gusto. Según esto, no parecería en absoluto que el escuchar la melodía del encantador fuera agradable a las serpientes. Su actitud es característica: la parte anterior del cuerpo, derecha, la cabeza doblada y el cuello orgulloso: se trata, pues, de la postura clásica de defensa de las Cobras. En efecto, esto no aclara, el hecho de si están alarmadas o excitadas. La actitud del animal, así, no significa que esté encantado; por el contrario, dice estado de alerta; no sabiendo lo que va a producirse y juzgándolo provocado, el reptil adopta inmediatamente la postura de defensa que le permita un ataque rápido y eficaz si la provocación llegara a producirse. En efecto, a lo largo del espectáculo, la irritación del animal va creciendo; sigue los menores gestos que frente a frente le hace el hombre, y bruscamente, con la rapidez de un rayo se arroja hacia sus dedos en movimiento. ¿Es esta la actitud de un animal bajo la influencia de un encanto? ¿De esto se puede deducir una modificación en su manera de ser habitual?. Seguramente que no, y, sin consideración a las ilusiones de muchos, nos es forzoso deducir que la música no tiene el poder de gustar a las serpientes, que parecen absolutamente indiferentes ante la acción dulcificante de su encanto. Una conclusión tal, es, por otra parte, perfectamente lógica. La anatomía y la psicología de estos reptiles, revelan su imposibilidad de escuchar los sonidos musicales perceptibles por el oído humano. En el sentido ordinario de la palabra las serpientes serían sordas. Sin querer entrar en detalles de estructura demasiado técnica, es necesario recordar que el órgano auditivo de las serpientes es muy particular. Completamente escondido bajo la piel no tiene características de oído externo, ni de tímpano, ni de cavidad timpánica; el oído interno, poco desarrollado, relativamente, está unido a un hueso que forma el soporte de la mandíbula, por un fino anillo óseo: una disposición tal es incompatible con la percepción de sonidos transmitidos por el aire; así lo han puesto en evidencia diversas experiencias,

Es por esto que el Coronel Wall (que ha pasado largos años en la India, en donde tuvo ocasión de estudiar la profesión de los encantadores), habiendo enceguecido algunas Cobras, comprobó que en ausencia de todo sonido musical las menores vibraciones del suelo debidas a un golpe o al desplazamiento de un observador, provocaban inmediatamente una reacción en los animales, que se encabritaban y se ponían de cara en la dirección de donde provenían estas vibraciones. Por el contrario, en ausencia de toda vibración, los sonidos de un cuerno de caza o el ruido producido por el choque de cajas de hierro blanco, unas contra otras, no despertaba reacción alguna en los reptiles. En cuanto a las Cobras que no estaban ciegas, era fácil hacerlas enderezar, aun sin música, agitando los brazos.

En resumen, el Coronel Wall cree que las serpientes son indiferentes a la música y reaccionan sobre todo ante excitantes visuales -particularmente por los movimientos del músico-. Se puede, sin embargo, objetar que existe gran diferencia musical entre la cacofonía de las cajas de hierro blanco entrechocadas, el sonido del cuerno de caza, cualquiera que sea el virtuosismo del músico y la melodía de la flauta del encantador, y que, en nuestro desconocimiento del sentido artístico musical de las Cobras, tal conclusión parece precipitada.

Pero entonces, ¿cómo explicar que no obstante los acordes sacados al instrumento el encantador se vea muy a menudo en la necesidad de golpear las cestas donde aquéllas reposan, para inducir las a enderezarse para el comienzo del espectáculo? Otros científicos han efectuado experiencias más exactas; entre ellos, F. B. Meaning, quien ha demostrado que de vibraciones de frecuencia comprendida cercanas a 2.752 vibraciones por segundo no se manifestaba ninguna reacción; y así mismo, el estudio de la catividad eléctrica del nervio auditivo en sonidos transmitidos por el aire, se ha revelado negativa en bajas frecuencias. Así, parece natural que las serpientes sean sordas a las tonalidades musicales clásicas.

Sin embargo, hechos relatados recientemente por un naturalista aficionado, B. McDonnell, parecen estar en contradicción absoluta con las experiencias anteriores. McDonnell, habiendo tenido ocasión de tocar el violín y la mandolina dentro de un ambiente natural, comprobó el atractivo ejercido por esta música sobre ciertas serpientes. Para constatar este hecho comenzó a tocar e hizo que un reptil que estaba del otro lado de un muro, saliera de su cueva y fuera a reunirsele algunos minutos más tarde, con gran sorpresa suya. El cree, pues, que las serpientes no sólo oyen perfectamente la música sino que son atraídas por ella. La publicación de estas observaciones ha sido objeto de una respuesta por parte de un herpetólogo americano, el profesor C. M. Bogert. Según él las serpientes en cuestión eran atraídas no por los sonidos musicales sino por los movimientos del músico: En efecto, numerosos naturalistas han comprobado que en ciertos penados del año, particularmente en la época de la reproducción, las serpientes, y en especial la especie objeto de las observaciones de McDonnell, eran atraídas por cualquier movimiento por pequeño que fuese. Una explicación como esta no explica el porqué del paso al otro lado del muro para encontrar al músico que parecía invisible. La sordera de las serpientes no debe tomarse en un sentido absoluto; al contrario, según hemos visto ya, son muy sensibles a las menores vibraciones que se transmitan por el suelo. Esto se puede confirmar puesto que el violín y la flauta, instrumentos de tonalidad relativamente aguda, producen vibraciones particulares más allá de la gama auditiva por el oído humano, pero susceptible de impresionar los órganos acústicos de las serpientes.

Se trata aquí de una hipótesis sencilla, que requiere comprobación. No hace mucho tiempo que la notable aptitud de los murciélagos de evitar los obstáculos en la oscuridad recibió su explicación al tenerse conocimiento de los ultrasonidos. No es, pues, sorprendente que siendo las serpientes animales prácticamente afónicos, el sonido que emiten, un silbido más o menos agudo, pueda, tal vez, contener ultrasonidos que tengan la posibilidad de percibir, y que posean una significación biológica particular.

Pero sea lo que sea, se debe admitir, humanamente hablando, que las serpientes son sordas, y, por consiguiente, absolutamente indiferentes a la música. Lo cual hace que en la manifestación artística del encantador no jueguen sino un papel completamente secundario; una simple representación destinada al público.

Es así como Clyde Gordon habiendo persuadido a un encantador a que tuviera en la mano no una flauta, sino un simple trozo de madera de igual apariencia y ejecutara los mismos movimientos como si tocara su habitual melodía, comprobó que a la vista del hombre perfectamente silencioso los reptiles no modificaban en nada su actitud. Por otra parte, son numerosos los encantadores que trabajan sin música, únicamente valiéndose de movimientos de las manos.

Finalmente, el Coronel Wall recuerda que uno de los miembros de una asociación de encantadores le confesó que la sordera musical de las serpientes le era bien conocida; sólo que ellos no habían querido revelar este hecho, dado el mal efecto que podría sufrir su actuación ante el público.

JEAN GUIBÉ,
Subdirector del Museo Nacional
de Historia Natural de Francia.

(Traducido de la revista "Música", N° 4, julio de 1954, por Teresa Forero Tovar).

